

AMERINDIA

¿UNA NUEVA ÉPOCA?

ELEMENTOS SOBRE LA ACTUAL COYUNTURA ECLESIAL



AMERINDIA
OBSERVATORIO ECLESIAL

¿UNA NUEVA ÉPOCA?
ELEMENTOS SOBRE LA ACTUAL COYUNTURA ECLESIAL

Agosto 2013



Análisis realizado por: Pablo Dabezies

El *Observatorio Eclesial Latinoamericano*, perteneciente a la red *Amerindia*, tiene el gusto de presentar otro análisis con el objetivo que el mismo pueda ser un humilde servicio a las comunidades cristianas del continente que buscan vivir su fe como compromiso con un cambio que sea señal del advenimiento del Reino de Dios en la historia de América Latina.

El contenido del presente informe, como en los anteriores, refleja el aporte propio del autor y busca suscitar la reflexión y el análisis crítico de todos y todas.

Coordinador del Observatorio: Pablo Bonavía

**Editado por Fundación Amerindia
Montevideo, agosto de 2013**

¿UNA NUEVA ÉPOCA?

ELEMENTOS SOBRE LA ACTUAL COYUNTURA ECLESIAL

Buena parte de los que hoy escriben sobre lo que estamos viviendo en la Iglesia católico-romana desde la renuncia de Benedicto XVI y en especial a partir de la elección de Francisco, aclaran que todavía es temprano para hacer análisis más o menos asentados. Hay que esperar y ver, dicen muchos, porque por el momento tenemos solo gestos significativos, desacostumbrados en el papado, pero no mucho más, no cosas de fondo. Discutible, como trataré de hacer ver en estas páginas que tienen, como es evidente, un carácter de borrador y de provocación para una reflexión compartida que pueda llevarnos a una comprensión lo más justa posible del momento que vivimos y las perspectivas que se estarían abriendo.

ADVERTENCIA

He tratado de leer, escuchar y ver la mayor cantidad de materiales sobre este tema desde que me pidieron este servicio para la reflexión de *Amerindia*. Además de varias cosas que plantearé en el cuerpo del texto, quiero hacer una advertencia preliminar porque hay algo que me parece condicionar de modo bastante decisivo las diversas miradas sobre el proceso que vivimos. Se trata de las ideas, análisis, reclamos, convertidos luego en expectativas, programas y exigencias sobre lo que hay que reformar en la Iglesia. Y por tanto, lo que esperamos o pensamos que debe hacer Francisco, incluyendo las maneras y los tiempos. En definitiva el desde dónde elaboramos nuestro juicio.

A modo de ejemplo dibujo un arco bien amplio (que si fuera el arco iris sería muy augural) de las tomas de posición que más o menos conocemos. Partamos de las reacciones rápidas y entusiastas, tanto que han sorprendido, de pesos pesados de la teología latinoamericana y universal para quienes la elección del nombre de Francisco y los primerísimos gestos han sido determinantes en su juicio. Y así también analistas conocidos por su criticidad, algunos de los cuales ya han escrito hasta un libro sobre el “nuevo Juan XXIII”.

Si seguimos el arco, encontramos en la curva central una serie de posturas, no idénticas, que comparten sin embargo un juicio positivo sobre el acontecimiento Francisco, aunque con diversos tipos de reservas y dudas, en especial sobre la coherencia global y continuidad de su actuar. En todos estos casos se oye decir “hay que esperar”, “es demasiado pronto para poder hacerse un juicio más o menos fundado”. Unos insisten más en la cara positiva, aunque mantienen esa reserva; otros ponen por delante la necesidad de tiempo, por más que se sientan identificados y esperanzados con la mayoría de los gestos y palabras de Francisco.

En el otro extremo del arco se ubican desde quienes permanecen escépticos hasta los que advierten sobre el peligro de dejarse engañar por lo que se ve hasta ahora. En general juzgan los así llamados gestos del nuevo sucesor de Pedro como una especie de operación mediática, calculada o no, negando que haya habido alguna decisión más o menos de fondo. Asegurando también, desde la opinión que tienen de Bergoglio en su actuación en la Argentina (en la Compañía de Jesús y en el arzobispado de Buenos Aires), que no se puede esperar de él nada que vaya muy lejos en la necesaria reforma de la Iglesia. Y descuentan una pacífica continuidad con los pontificados de Juan Pablo II y Benedicto XVI, fuera de cambios exteriores.

Seguramente muchos encontrarán esta descripción bastante esquemática. Es claro que existen muchos más matices. La propongo como una tela de fondo de trazos no muy precisos que me ayuden a situar mi manera de ver las cosas. Y agrego que no he tenido en cuenta las reacciones “oficialistas” de quienes tratan de “bergoglizarse” de apuro, como lo expresa un comentarista italiano. Ni tampoco las de resistencia y oposición en nombre de privilegios y cuotas de poder que se sienten amenazados (“este folklore sudamericano pasará en unos meses más”, al decir muy gráfico de otro observador del mismo origen).

Antes de comenzar mi intento de análisis, y para tener una base de referencia que pueda ser conocible y clara, elegí dos textos escritos previos a la elección de Francisco. Uno del jesuita José Ignacio González Faus en el que esboza lo que a su juicio son las tareas que el nuevo obispo de Roma tendrá por delante. Allí recoge la mayoría de los reclamos que se hacían aun antes de la renuncia de Benedicto. Está en <http://blogs.periodistadigital.com/miradas-cristianas.php/2013/03/07/tareas-para-el-proximo-sucesor-de-pedro>. Todos conocen la riqueza de su producción, su cercanía con la Iglesia de América Latina y el Caribe, su seriedad, espíritu exigente y crítico al tiempo que muy eclesial. El otro pertenece a un laico italiano, gran historiador, uno de los responsables de la

exhaustiva historia del Vaticano II de la escuela de Bolonia y especialista en Juan XXIII (ha publicado la edición crítica de “La historia del alma” y del *Gaudet Mater Ecclesia*, entre otras muchas cosas). Se llama Alberto Melloni y su perspectiva histórica lo hace siempre inspirador (su artículo, publicado en el “Corriere della Sera, el 12/3, se encuentra, en italiano, en: <http://www.finesettimana.org/pm-wiki/uploads/Stampa201303/130312melloni.pdf>, y se titula “Los diez puntos (irrenunciables) de la agenda del nuevo pontífice”.

Con la integración de estos dos textos voy a ir analizando, para el breve tiempo del ministerio de Francisco, diversos aspectos. Y ante todo, alerta sobre una observación que ambos autores hacen: de las tareas que se asignan y se esperan ahora de Francisco, hay algunas que pueden realizarse en un plazo en principio corto, y otras son más bien líneas programáticas que no tienen un plazo definido, o son permanentes. Agrego por fin que prácticamente no he podido prestar una atención seria sobre todo a los discursos en Río por coincidir con este trabajo.

IGLESIA DE LOS POBRES

Pasados unos cuatro meses de la elección de Francisco es difícil olvidar que sus primeras horas estuvieron marcadas por este deseo-definición inaugurado en la época contemporánea por el radiomensaje del 9/9/1962 de Juan XXIII, que utilizó esa expresión por primera vez. La elección del nombre, el diálogo con el cardenal Hummes, y sobre todo la exclamación: “¡Ah, cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres!” (discurso a los periodistas, el 16/3) han quedado como signos identificatorios de Bergoglio. Lo que cobra mayor perspectiva cuando nos remitimos a los múltiples testimonios de gente pobre, habitantes de las villas de Buenos Aires, así como de los llamados “curas villeros”, acerca de su constante cercanía, apoyo, contacto físico con la pobreza de esas gentes. Y sus denuncias, también en la capital de Argentina, sobre los diversos tipos de explotación y exclusión, la desocupación, el trabajo esclavo y la trata de personas. Todo eso apoyado en un testimonio de vida muy austera y sencilla, que no dejó de llamar mucho la atención desde las primeras horas. No es necesario recordar el detalle de sus actitudes desusadas en el Vaticano, pero su multiplicidad y continuidad apuntan a algo más que a frases de circunstancia, o a la búsqueda de impactos mediáticos, o a signos aislados. En la muy reciente visita a un hospital de Río volvió a afirmar que en los pobres “se toca la carne de Cristo”.

De todos modos es posible interrogarse sobre el contenido de la importancia

dada al amor por los pobres. Afinando el lenguaje podríamos opinar que mejor que una “Iglesia pobre y para los pobres”, sería decir “y de los pobres”. Por otra parte, algunos han hablado de populismo, en sentido peyorativo, refiriendo a la influencia del peronismo en la vida de Bergoglio. Otros en cambio reivindican esa caracterización desde la óptica de la versión argentina de la teología de la liberación y el contenido que ella le da a la categoría “pueblo”.

Sobre estas valoraciones cito algunos párrafos de un artículo, “Bergoglio a secas”, escrito por uno de sus hombres de confianza, el teólogo y ahora arzobispo Víctor M. Fernández, rector de la Universidad Católica Argentina (UCA) y según parece una de las personas que Francisco consulta: “La palabra ‘pueblo’ es una de las que Bergoglio usa con brillo en los ojos. Valora al pueblo como sujeto colectivo, que debería estar en el centro de las preocupaciones de la Iglesia y de cualquier poder. No es poca cosa decir esto, cuando en algunos sectores de la sociedad y de la Iglesia el pueblo es considerado sólo como una masa llena de defectos que deben ser saneados por la acción educativa de los ‘sabios y prudentes’. No podemos ignorar que, como obispo, siempre les insistía a los curas no sólo que fueran misericordiosos, sino también que supieran adaptarse a la gente, que no sostuvieran ni una moral ni unas prácticas eclesiales rígidas, que no complicaran la vida de la gente con normas bajadas autoritariamente desde arriba. ‘Nosotros estamos para dar al pueblo lo que el pueblo necesita’, es una convicción que expresó insistentemente. Estoy convencido de que esto no es un populismo oportunista (aunque pueden llamarlo como quieran), sino la seguridad de que el Espíritu Santo actúa en el pueblo, y lo hace con esquemas y categorías muchas veces intragables para los sectores ilustrados o acomodados, que en su incomprensión suelen demostrar el mismo autoritarismo irracional que ellos critican [...] “Su preferencia por los pobres es de toda la vida. Siendo arzobispo la orientó dando un especial apoyo a los curas que viven en las villas y barrios pobres. Pero es una opción que se entiende en el marco de los dos puntos anteriores. El pobre no es sólo objeto de un discurso, ni siquiera de una mera asistencia, y tampoco exclusivamente de una ‘promoción’ que lo libere de sus males. La opción por los pobres es todo eso, pero más. Porque es prestarles atención, tratarlos como personas que piensan, tienen sus propios proyectos, e incluso el derecho de expresar la fe a su modo. Son sujetos, activos y creativos desde su propia cultura, no sólo objetos de un discurso, un pensamiento o una acción pastoral. De todos modos, nadie puede decir que él no haya planteado una crítica a las causas estructurales de la pobreza.” Invito a leer esta nota, especie de desahogo de este teólogo de prestigio en Argentina, en lenguaje directo y provocativo. La encuentran en <http://www.atrio.org/2013/05/bergo->

[glio-a-secas/](#). En fin, hermanos argentinos podrían ilustrarnos mejor acerca del contenido exacto de ese amor por los pobres que parece innegable en Francisco. Tenemos además sus definiciones sobre la relación asistencia-promoción en su conversación con Caritas.

En este mismo terreno hay por el momento un hecho excepcional, que es su visita a la isla de Lampedusa para “sacar de la invisibilidad” para todo el mundo el drama de los que mueren intentando entrar a Europa, según expresión del vaticanista Marco Politi. Los hechos, los signos, las palabras son conocidos. Y entre lo que cabe destacar es que este su primer viaje fuera de Roma lo decidió él mismo de un día para otro después de enterarse de la muerte de seis africanos en circunstancias muy crueles. El “programa de Lampedusa”, la “parábola de Lampedusa”, como algunos han llamado a todo lo sucedido ese día, provocó en Alberto Melloni este comentario: “La homilía que el papa Francisco pronunció en Lampedusa representa un momento crucial, es un documento comparable a *Gaudet Mater Ecclesia* [...] Me parece que muchos no se han dado cuenta”. Según él, en las palabras de Bergoglio, la Iglesia aparece como “penitente ante su Señor. El papa reconoce que existen afuera, en el tiempo, en la vida de cada día, realidades que anuncian el Evangelio a la misma Iglesia. Es la doctrina conciliar de los ‘signos de los tiempos’, o sea las cosas que nos hablan del Evangelio. Personalmente considero el discurso de Lampedusa como una ‘encíclica programática de un pontificado’”.

¿Signo de algún tipo de cercanía con la **teología de la liberación** (TdL)? No es fácil decirlo. Depende de qué sensibilidad dentro de la TdL estemos teniendo en cuenta. De estos días (25/7) es la opinión de Leonardo Boff que preguntado acerca de la congruencia de la devoción mariana de Francisco y de su valoración de la religiosidad popular con una sensibilidad progresista, respondió a Andrea Tornielli de “Vatican Insider”: “Y sin embargo lo son, son cercanos a la teología de la liberación. En Argentina ella se desarrolló en particular como teología del pueblo, promovida por el jesuita Juan Carlos Scannone, que fue profesor de Bergoglio. El papa es cercano a esta teología. Y no se trata de una devoción popular ‘pietista’, sino una devoción que conserva la identidad del pueblo y se compromete a favor de la justicia social”. Para Eduardo de La Serna, la figura central de esta vertiente de la TdL ha sido el P. Lucio Gera, cuyo pensamiento fue fundamental para el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo y actualmente para los “curas villeros” y el grupo de “curas en la opción por los pobres” de Argentina.

Por otro lado, es muy reciente el anuncio de la edición italiana de un libro es-

crito de manera conjunta por Gustavo Gutiérrez y nada menos que el prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, Gerhard Müller, que como se sabe se aprecian mutuamente. “El movimiento eclesial teológico de América Latina, conocido como ‘teología de la liberación’, que después del Vaticano II encontró eco en todo el mundo, debe ser considerado, en mi opinión, entre las corrientes más significativas de la teología católica del siglo XX”. Estas palabras del arzobispo alemán están tomadas del citado libro, publicado en alemán en 2004 (una traducción libre del título podría ser: “Del lado de los pobres. Teología de la liberación, teología de la Iglesia”). Si su publicación en lenguas de mayor alcance es una pura coincidencia o tiene algo que ver con el actual momento eclesial es algo que no sé. De todos modos parece significativo. En efecto, ya desde antes del comienzo del viaje de Francisco a Río la prensa especulaba con una posible reconciliación del papado con esta teología latinoamericana, y eventuales encuentros con dom Pedro Casaldáliga y con el mismo L. Boff. Este último declaró que Bergoglio habría dicho que todo esto solo sería posible después de la reforma de la curia romana. Y él se mostró de acuerdo.

LA REFORMA DE LA CURIA ROMANA

En pocas cosas ha habido tanta unanimidad, y como algo urgente aunque de largo aliento. El último año de Benedicto XVI mostró crudamente a qué lamentable estado había llegado la estructura del gobierno central de la Iglesia católica. Se sabe además que en las congregaciones generales previas al cónclave, este reclamo fue generalizado. A ello está unido el tipo de **ejercicio de la autoridad** y por supuesto esa hija del Concilio poco estimulada hasta ahora en su crecimiento que es la **colegialidad** al nivel episcopal, con su correlato de **sinodalidad** en todo el cuerpo eclesial.

Ante todo hay que señalar el aprecio generalizado, de parte de teólogos y pastores, por la insistencia de Francisco en definirse como “obispo de Roma”, desde la nochecita de su presentación en la logia de San Pedro. Sabemos lo que eso significa en cuanto asunción de la eclesiología del Vaticano II y base necesaria para la concepción y la práctica de la colegialidad en una Iglesia comunión de iglesias locales. Las citas implícitas de los Santos Padres Ignacio de Antioquía y Cipriano de Cartago, en la misma ocasión, no hacen más que reafirmar lo anterior. Alberto Melloni comenta: “Francisco apareció enseguida como un Papa que no tiene miedo de presentarse con dulzura, de ser un cristiano junto con su ‘pueblo’ (y esta es también una palabra que la logia no había nunca oído en quinientos años), el pueblo de Dios”.

Hay sin embargo una decisión de Bergoglio que no ha sido demasiado valorada por algunos analistas, que la consideran casi un gesto más, pero que otros toman como un hecho de capital importancia en una nueva forma de gobierno de la Iglesia: la constitución del “grupo de consejo” formado por ocho cardenales de todos los continentes. Recurro otra vez a Melloni para percibir su alcance en perspectiva histórica: “El anuncio hecho ayer (13/4) por el papa Francisco es el paso más importante en la historia de la Iglesia de los últimos diez siglos y en la ya cincuentenaria experiencia de la recepción del Vaticano II. La elección de ocho representantes del colegio episcopal con funciones de consejo del Papa hay que medirla a la luz de dos fenómenos de gran profundidad histórica, teológica e institucional. Desde el siglo XI el papado tomó una fisionomía monárquica: lo que parecía una pura analogía se volvió una ideología del poder pontificio y un sistema. Se necesitaron dos concilios para frenar esta tendencia. El Vaticano I que delimitó rigurosamente la infalibilidad volviéndola casi inutilizable. Y luego el Vaticano II, que estableció que por derecho divino cada obispo tiene misión de participar con Pedro y bajo Pedro en el gobierno de la Iglesia universal por la fuerza de su consagración episcopal. A esa decisión del Vaticano II, que según los padres conciliares era LA reforma de la Iglesia, nadie le dio seguimiento. Hasta que llegó Francisco. El ha creado, de hecho, un órgano sinodal, de obispos, que deberá experimentar el ejercicio del consilium. No será por cierto un contra-poder democratizado, sino una expresión de las Iglesias y de los continentes para ayudar al obispo de Roma en la tarea de animar la comunión del colegio episcopal y la comunión de las Iglesias en la unidad de la fe”.

Parece un análisis que nos ofrece un tipo de valoración del hecho que va más allá de apreciaciones sobre las cualidades y líneas de los elegidos, cosa en la que se han centrado varios comentaristas. Es evidente que habrá que esperar a octubre para ver con mayor claridad. Mientras tanto vamos sabiendo que algunos de estos cardenales se están asesorando con expertos de mucha valía. Y registramos que Francisco dedicó largo tiempo para reflexionar junto al cardenal Rodríguez Madariaga, coordinador del grupo, en su estadía en Río.

A este grupo hay que agregar la creación más reciente de dos comisiones, ambas por medio de una carta manuscrita de Bergoglio: la “Comisión Pontificia Referente sobre el Instituto para las Obras de Religión” (24/6). Su cometido es “recoger información sobre el funcionamiento del Instituto y presentar los resultados al Santo Padre”. Y el 18/7, la “Comisión Pontificia referente que recoja informaciones puntuales sobre temas económicos que interesen a las administraciones vaticanas y coopere con el citado Consejo de Cardenales en su apreciada tarea proporcionando el apoyo técnico de consultoría especializada y

elaborando soluciones estratégicas de mejora, necesarias para evitar el dispendio de recursos económicos, para promover la transparencia en la adquisición de bienes y servicios, para perfeccionar la administración del patrimonio mueble e inmueble para operar cada vez con mayor prudencia en el sector financiero, para garantizar la correcta aplicación de los criterios contables y garantizar asistencia sanitaria y seguridad social a todos los que tienen derecho”.

Como señalan los observadores, en estos dos casos como en el grupo de los 8, se trata de organismos al servicio directo del sucesor de Pedro y no forman parte de la estructura de la Curia. Las dos últimas, además, son creadas *ad tempus*.

Otro aspecto que tiene que ver con una tendencia a la descentralización del gobierno, luego de un período de estricto centralismo, sobre todo en lo referente a las cuestiones de bioética y matrimonio fue señalado por Francisco en su encuentro con la Conferencia Episcopal Italiana (CEI, 23/5): “el diálogo con las instituciones culturales, sociales y políticas es cosa de ustedes”. Con lo que Bergoglio parece remitirse a la delegación del discernimiento sobre la realidad de las sociedades particulares a las iglesias locales, tal cual lo había enseñado Pablo VI en su Octogesima adveniens (1971). Si esto es así para la Iglesia en Italia, de la que el obispo de Roma es primado, supongo que valdrá también para las demás iglesias, empujando de nuevo el ejercicio de la colegialidad, que necesita de la comunión pero no de la uniformidad. En esta misma dirección se ha citado su negativa a pronunciarse sobre actuaciones de episcopados como el francés, por ejemplo, en su participación activa en las grandes manifestaciones contra la ley del matrimonio homosexual, al recibir a un grupo de legisladores de ese país. Si se confirma esta práctica, significará una verdadera ruptura con el modo de proceder de sus dos predecesores inmediatos.

La señales de caminar en el sentido de una mayor y más efectiva colegialidad en el ejercicio de su ministerio por parte de Bergoglio, parecerían contrastar con una gran independencia en sus decisiones, casi una cierta soledad. Acompañadas además por la determinación en no dejar que otros hagan su agenda, no usar los “aposentos pontificios” (en Río confió a los jóvenes argentinos que a veces se sentía “enjaulado”). A este respecto tal vez sea interesante citar la siguiente observación de otro muy conocido vaticanista, Luigi Accattoli (antiguo militante del MIEC –la FUCI- de Italia): “Los historiadores de la Iglesia describen a menudo una ley no escrita que podría formularse así: el papa tiene el pleno poder de decisión, pero logra usarlo solamente si no realiza consultas y pone a todos frente a un hecho consumado. El Concilio convocado medio siglo atrás

por el papa Juan y la ‘renuncia’ del papa Benedicto son las verificaciones más recientes de esa ley”. Lo cual me deja con un sentimiento de ambigüedad, porque si bien es cierto que ha permitido decisiones de gran bien para la Iglesia, no deja de reforzar una imagen de autoridad concentrada en una persona. Claro, tiendo a suponer que esa ausencia de consulta se refiere precisamente al aparato de la curia, como en los casos citados, y no a todo tipo de consulta.

Para cerrar este acápite es bueno subrayar esa especie de obsesión de Francisco en afirmar y exigir un ejercicio de la autoridad que sea servicio. Llamado evangélico dirigido a sí mismo cuando la toma de posesión; a los cardenales, obispos, nuncios, sacerdotes, seminaristas, en diversas ocasiones, en Roma y en Río. Tal vez haya pocos acentos tan constantes en lo que va de su ministerio

IOR Y FINANZAS DEL VATICANO

Otro de los asuntos cuya reforma urgente es reclamada por casi todos. Ya cité la creación de la Comisión ad hoc, el nombramiento problemático de Battista Ricca (sin embargo ha dado una explicación bastante poco convencional en su regreso), así como el permitir la actuación de la policía y justicia italianas en el Vaticano. Más el testimonio propio y deseo repetido una y otra vez de una Iglesia pobre. Hasta ser acusado de demagogo y pauperista, con argumentos de que el propio Jesús tenía un administrador y que se “vestía en Armani” (¡sic!, por su túnica sin costuras. Exabrupto del gran entrevistador de Juan Pablo y Benedicto, Vittorio Messori).

Existe conciencia generalizada de que se trata de una tarea en extremo difícil y delicada, que necesitará pulso muy firme. Y que de concretarse tendrá un altísimo valor simbólico y una influencia decisiva en la imagen que proyecta la Iglesia católica.

ECUMENISMO Y DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

El ministerio de Bergoglio en Buenos Aires atestigua una apertura cierta al diálogo ecuménico, también en él con gestos imprevistos y elocuentes. Dos hechos pueden darnos una idea. Por un lado su voluntad de que los representantes de otras iglesias cristianas (e incluso otras religiones) no solo asistieran al Te Deum en la catedral con ocasión del 25 de mayo, sino que intervinieran en la oración posterior. Por otro, algo muy poco frecuente, su relación con pastores

evangelistas neopentecostales en celebraciones de sus comunidades: hay una foto muy elocuente del entonces arzobispo, arrodillado y rodeado de pastores que lo bendicen al mismo tiempo que los más de cinco mil fieles presentes en el estadio Luna Park.

Aunque no haya que atribuir en principio el hecho a Francisco sino a la maduración lenta pero segura del diálogo con las iglesias ortodoxas que tomó nuevo vigor con Benedicto, fue histórica la participación del Patriarca ecuménico de Constantinopla Bartolomé en la celebración de inicio del pontificado. Fue acompañado entre otros por el metropolitano ortodoxo para Argentina, Tarassios, amigo personal de Bergoglio. No sucedía algo así desde 1054, el año del llamado cisma de Oriente.

En cuanto al diálogo interreligioso, es muy conocida la relación del ex cardenal porteño con el rabino Abraham Skorka y la comunidad judía en general, pero también con el líder de los musulmanes argentinos Abdelkader Ismael. Además, ambos eran invitados habituales a intervenir en la oración que cerraba el Te Deum anual.

No es posible olvidar, por la sensibilidad y apertura que manifiesta, el gesto repetido de la “bendición sin señal de la cruz”, que tanto ha molestado a algunos sectores del catolicismo porque sería discriminatorio con los propios católicos. Tanto en la audiencia con los periodistas, al inicio de su ministerio, como en Lampedusa, reiteró ese gesto y su explicación que muestra un grado infrecuente de respeto y capacidad de diálogo con otros creyentes y con los no creyentes.

En la búsqueda de la unidad, el nuevo obispo de Roma carga con la herencia de los esfuerzos realizados por Benedicto XVI para reintegrar a la comunión católica a los llamados tradicionalistas. Es bien conocido el precio que pagó, en particular en el terreno litúrgico para alcanzar esa reconciliación, recibiendo al final un nuevo rechazo, así como múltiples críticas en la misma Iglesia. La piedra de toque era y es la aceptación del Vaticano II.

No existen indicios directos de cómo tratará Francisco esta cuestión, pero algunas palabras y gestos parecen dar algunas pistas. En cuanto a la liturgia, ha mostrado desde el inicio una mucho mayor sencillez y libertad ante las características que habían tomado las celebraciones vaticanas con Benedicto (el caso de la celebración en Lampedusa es paradigmático). Pero también ha dicho cosas muy duras hacia quienes resisten al Concilio: “El Concilio ha sido una bella obra del Espíritu Santo. Piensen en el papa Juan: parecía un párroco bueno;

fue obediente al Espíritu y tomó esa iniciativa. Pero luego de 50 años, ¿hemos hecho todo lo que nos dijo el Espíritu Santo en el Concilio? [...] No. Festejamos este aniversario, le hacemos un monumento, pero que no nos fastidie. No queremos cambiar. Además, hay gente que quiere dar marcha atrás. Esto se llama ser testarudos, esto se llama querer domesticar al Espíritu Santo, esto se llama volverse necios y lentos de corazón” (homilía del 16/4 en Santa Marta). Y en el día mismo en que escribo estas líneas se ha dado a conocer una disposición (del 12/7) que prohíbe a una nueva congregación franciscana el celebrar según el rito anterior a la reforma conciliar, lo que está causando duras reacciones y debates en esos sectores de la Iglesia.

“TAREAS” SIN SEÑALES O SIN SEÑALES CLARAS

En el terreno de los **ministerios ordenados** se han planteado varias “tareas” para el nuevo obispo de Roma. En el nivel episcopal, por ejemplo, se expresó el deseo de que los miembros de la Curia romana no fueran obispos. El P. González Faus asegura que ese era el propósito del papa Benedicto, pero que no tuvo el poder necesario para llevarlo a cabo. No hay señales al respecto en su sucesor, más que el llamado de varios laicos, y laicas, en las comisiones que ha creado. En el mismo nivel, otros reclamos tienen que ver con la elección de los obispos: en todos los casos se propone una participación del Pueblo de Dios en ella, con diversos formatos, pero participación al fin. Se trataría de una concreción fundamental del principio de colegialidad al nivel de las iglesias locales. Existe por cierto la conciencia de que se está ante algo de no fácil implementación, que exigirá por tanto estudios y consultas previas. Tampoco tenemos señales en este terreno. Parece además muy pronto para tenerlas.

En el nivel del presbiterado, se han planteado dos cuestiones en especial: la del celibato obligatorio y la del acceso de las mujeres a los ministerios ordenados. Para ambos casos González Faus plantea la necesidad de crear comisiones que estudien estos asuntos, y en el de las mujeres convocar a un año de oración y reflexión de todas las comunidades para pedir del Espíritu Santo luz y libertad para tomar decisiones. Según puedo saber no hay señales a este respecto.

El lugar de la **mujer** en la Iglesia, y la superación del patriarcalismo y machismo, también es una problemática presente en todas las agendas: Existen dos molestias por decisiones y palabras de Francisco al respecto.

En primer lugar la decisión de mantener la medida de intervención de la LCWR

de los EE. UU., en 2012, dispuesta por Benedicto y el cardenal Levada, de la Congregación para la Doctrina de la Fe (CDF). Es cierto que el nuevo prefecto de la CDF, Gerhard Müller comunicó dicha ratificación a las dirigentes de la LCWR. Pero algunos observadores que han seguido todo el proceso dudan de que efectivamente Francisco haya decidido de forma explícita esa ratificación. Su argumento es que luego de la primera audiencia con Müller, la CDF emitió un comunicado sobre los temas tratados con Bergoglio y no aparecía el de la LCWR. Solo diez días después, en la reunión que tuvo con las religiosas y el interventor, monseñor Sartain de Seattle, les dio la noticia. En todo caso, ellas lo han tomado muy en serio y con gran desilusión y desagrado. Un dato más: el nuevo secretario de la Congregación para la Vida Consagrada, el único nombramiento que se ha producido en la Curia luego de la elección de Francisco, el franciscano Rodríguez Carballo, se ha comprometido a mantener y promover el diálogo (es alguien muy apreciado por religiosos y religiosas. En el encuentro con la directiva de la CLAR, el papa les dijo: “Aprovechen ahora que tienen a Rodríguez Carballo. Uds. hicieron lobby por él”). De todos modos es algo a seguir, ya que en una situación como esta se podrá ir viendo si en el actual pontificado seguirá la práctica de la CDF de enjuiciar y condenar teólogos, o se volverá a la del Vaticano II y la primera etapa de su recepción en que esos procedimientos habían desaparecido.

En ese sentido son muy llamativas y como contradictorias con lo referido a la LCWR, estas palabras de ánimo dirigidas a los directivos de la CLAR (más allá de si son sus *ipsisima verba*): “Abran puertas... ¡abran puertas! Se van a equivocar, van a meter la pata, ¡eso pasa! Quizá hasta les va a llegar una carta de la Congregación para la Doctrina (de la Fe) diciendo que dijeron tal o cual cosa... Pero no se preocupen. Expliquen lo que tengan que explicar, pero sigan adelante... Abran puertas, hagan algo ahí donde la vida clama. Prefiero una Iglesia que se equivoca por hacer algo que una que se enferma por quedarse encerrada...”

Por otra parte, se han cuestionado mucho las palabras de Francisco a la Unión Internacional de Superiores Generales de que “La consagrada es madre, tiene que ser madre y no solterona”. Críticas sobre todo desde una perspectiva feminista, negando que toda mujer deba ser madre y afirmando la opción de la religiosa por no serlo (habría que ver, en otro plano, si algunos términos usados por Bergoglio tienen el mismo significado en toda América Latina. En el caso, en el Río de la Plata, “solterona” es una palabra peyorativa para designar a una mujer que no ha podido casarse y vive con amargura y frustración esa situación).

Acabo de leer en el “Vatican Information Service” (VIS, 30/7) lo siguiente: “Por

cuanto se refiere a la participación de las mujeres en la Iglesia, Francisco ha dicho que la cuestión de la ordenación fue abordada en forma definitiva por Juan Pablo II con un no, pero ha recordado que ‘María es más importante que los apóstoles... y así, la mujer en la Iglesia, es también más importante que los obispos y los sacerdotes... Hay que progresar en la explicitación del papel y del carisma de las mujeres en la Iglesia... No tenemos todavía una teología profunda de la mujer en la Iglesia’ (en el viaje de regreso a Roma).

La normativa sobre las personas **separadas y vueltas a casar** está también en todas las listas de reformas que se esperan, sin que por ahora existan señales al respecto. Es una transformación que en general se considera como de posible rápida ejecución, dada la “disciplina de la misericordia” de las iglesias orientales que la católica nunca ha condenado (González Faus acota que lo que afirma es que ella “no yerra” al no seguir ese camino).

Pocas horas luego de escribir lo que antecede, veo en la misma edición del VIS: “Tampoco ha eludido el Papa el tema de los sacramentos a los divorciados que se han vuelto a casar. “Creo -ha dicho- que este sea el momento de la misericordia... Los divorciados pueden acceder a los sacramentos... El problema atañe a los que han celebrado una segunda unión... que no pueden recibir la comunión... Pero, aquí abro un paréntesis, los ortodoxos tienen una praxis diferente. Siguen la teología de la economía, como la llaman y dan una segunda posibilidad; lo permiten. Pero creo que este problema, cierro el paréntesis, se deba estudiar en el cuadro de la pastoral matrimonial. Uno de los temas de consulta con el Consejo de cardenales con el que nos reuniremos en octubre es cómo proseguir en la pastoral matrimonial. También ha estado conmigo hace unos días el Secretario del Sínodo de los Obispos, para el tema del próximo sínodo, y hablando hemos visto este tema antropológico: cómo ayuda la fe a la planificación de la persona, de la familia y llegar a la pastoral matrimonial. Estamos en camino hacia una pastoral matrimonial más profunda... Es un problema de muchos”.

CONCILIO VATICANO II

Francisco es el primer sucesor de Pedro que no participó como obispo del Vaticano II. Sin embargo ha mostrado de forma reiterada su adhesión a él. Se podrá ver y discutir mucho todavía acerca de su manera de recibirlo, pero el tiempo de los que intentaron una descalificación revanchista del primer postconcilio interpretando abusivamente las palabras de Benedicto en diciembre de 2005 parece clausurado.

Una señal clara de su asunción del espíritu conciliar es la insistencia casi de cada día en una Iglesia abierta, extravertida, en diálogo, en búsqueda, que arriesgue. Esto está resumido y expresado con su feliz dicho, que trae desde Buenos Aires: “prefiero una Iglesia accidentada que una enferma de encierro”. Pienso que esta consigna, tomada por algunos como una pura “trovata”, tiene muchas y desafiantes lecturas. Propongo dos: como criterio de valoración de las experiencias de frontera, aun con sus crisis y posibles errores, de quienes luego del Concilio se sumergieron en el mundo y en especial en el mundo de los pobres. Y como palabra de orden para un nuevo impulso conciliar, luego de años de retrainimiento identitario. Me gusta citar a menudo lo que escribió en 1966 el entonces joven teólogo J. Ratzinger para identificar lo conciliar: “este movimiento [el del Vaticano II] puede describirse concisamente con el lema de ‘apertura al mundo’”.

Agrego dos señales más: la vida como obispo de Bergoglio, en Argentina y ahora en Roma, parece seguir casi a la letra el “Pacto de las catacumbas” (se puede chequear en <http://proconcil.blogspot.com/2010/11/el-pacto-de-las-catacumbas.html>). Y su compromiso con Aparecida, su orgullo por ella, creo que es también un signo de adhesión al Vaticano II en su recepción latinoamericana.

OBEDIENCIA AL EVANGELIO

Tomo este título y última y como sintética demanda al obispo de Roma, de Alberto Melloni, que la presenta así: “En los pontificados recientes la Iglesia apostó a que su fuerza se midiera en el espacio público, condenando leyes y costumbres en nombre de la ley natural. Muchos cardenales han pedido no salir de este horizonte en nombre de una ‘nueva evangelización’ dirigida a un occidente postcristiano. Otros piensan que ha vuelto el tiempo de poner al Evangelio antes que nada, aun antes que las condenas. Sobre esto, el papa no decidirá dictando una línea, sino con una ‘palabra confirmada por la vida’, al decir de Gregorio Magno”.

Según el historiador, en Lampedusa Francisco “ha dicho que la tarea de la Iglesia en el espacio público no consiste en manifestar su fuerza. Basta ver lo que sucedió con la lucha sobre el matrimonio homosexual en Francia. El hecho de que Francisco no haya hablado no significa que lo apruebe, ni que no sepa lo que pasa, ni que esté buscando mediaciones. El propone una perspectiva completamente diversa que ve en el centro al último, la presencia de Cristo en los pobres. Una presencia que juzga no al mundo sino a la Iglesia. Y haciendo

esto el papa realiza una operación doctrinal prodigiosa [...] No dice: sigan el derecho natural y al menos consideren la hipótesis de Dios, verán que las cosas en la sociedad mejorarán. Dice en cambio que hay un poder evangélico que se manifiesta en donde se practica el cuidado del pobre. Y es ahí que la Iglesia reencuentra su sentido. El papa va a buscar al pueblo descrito en Mateo 25, no solo a los cristianos o a los que ayudan en cuanto cristianos”.

En esta misma línea, un joven teólogo laico italiano, Christian Albini, ha hecho notar cómo usando la misma expresión emblemática de Benedicto, la “dictadura del relativismo”, Francisco le ha dado otro contenido poniendo el acento en la persona más que en la verdad o las diversas visiones. Ese relativismo, para él, es el que “deja a cada uno como medida de sí mismo y pone en peligro la convivencia entre los hombres”, exigiendo por tanto un diálogo a todos los niveles (en el discurso al cuerpo diplomático del 22/3).

Pienso que en esta obediencia al Evangelio tiene su raíz la libertad que Francisco ha mostrado frente a muchas rémoras y temores que frenan la vida eclesial. Y es tal vez por esta libertad, así como por su sencillez y cercanía que muchos lo comparan con Juan XXIII.

ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

1. A la pregunta del título me animo a responder de manera afirmativa. Aunque comparto totalmente la necesidad de contar con más tiempo y perspectiva. Quedan cosas claves por dilucidar, como son los nombramientos en la curia, las decisiones sobre el IOR y la continuidad de este estilo pastoral que creo ser más que una pura sumatoria de lindos gestos. Hay muchos de los teólogos que en general nos sirven de inspiración que están concordes al menos en que hay un nuevo clima, aunque plantean diversos tipos de reservas o más bien de cautelas. Codina (8/6): “Quizás lo que llama más la atención es el rápido cambio de clima eclesial que se ha operado en estos tres meses [...]. Algo está cambiando en la Iglesia. ¿No lo notamos? [...] A pesar de todos estos cambios positivos y esperanzadores que hacen presagiar una nueva primavera eclesial [...] ciertamente no podemos ser ingenuos, pero como recordaba Pedro el día de Pentecostés, el Espíritu es quien hace que los jóvenes tengan visiones y que los ancianos tengamos sueños (Hechos 2, 14-21, citando a Joel 3,1). ¿Podemos extinguir el Espíritu?”. Jon Sobrino (mayo): “Se respira un aire que bien pudiera estar presente en el Vaticano II y Juan XXIII, en Medellín y en don Helder Cámara [...] La novedad real que se desea no es, pues, idealismo, aunque sí sea esper-

anza fundada por los gestos. Y me parece importante añadir que en ese cambio radical necesario, todos ayudemos al papa Francisco, que nos dejemos ayudar por él”. Dom Demetrio Valentini (23/7): “La gente nota que hay una voluntad de reconciliación y muchos teólogos que fueron marginados se sienten con ganas de renovar las esperanzas de poder retomar el impulso renovador del Concilio Vaticano II, que fue emprendido con mucho entusiasmo por Juan XXIII y que en los últimos años experimentó un enfriamiento. Esa es la esperanza mayor que se delinea para adelante”.

2. Lo que estamos viviendo nos muestra que el Concilio, más allá de todos los problemas en su recepción, a los 50 años, sigue vivo y es capaz, por la fidelidad empecinada de muchos y muchas, de dar frutos nuevos. Un aire, un clima, un impulso, parecidos a los de los 60 y 70 que permiten vivir la fe y construir Iglesia con mayor serenidad y alegría. En este sentido, creo que esta coyuntura poco esperada nace como es evidente de la creatividad siempre libre del Espíritu, pero también de los fermentos que siguieron empujando desde abajo. Lo que invita a redoblar nuestro convencimiento de que Iglesia somos todos y no un papa u obispos con mansos seguidores. Es fundamental que por la práctica diaria de nuestras comunidades, “ayudemos al papa Francisco”, como dice Sobrino.

Sin soberbias desubicadas, creo que la existencia y trayectoria de Amerindia en todos estos años es un ejemplo concreto de lo que tenía sentido y valía la pena hacer. Ciertamente con limitaciones y equivocaciones. Hay comentaristas que están viendo en este momento un proceso parecido al que sucedió en la coyuntura del Vaticano II con los teólogos condenados por Pío XII, que de un día para otro se convirtieron en peritos del Concilio. Ojalá que así sea y tanto Amerindia como las personas y grupos que en los últimos más de treinta años debieron vivir su compromiso cristiano en circunstancias adversas, hoy lo puedan hacer en paz y libertad. Y responsabilidad, por supuesto.

3. Habrá que prestar una atención especial a lo que sucede al nivel episcopal. Venimos de muchos años en que se ha privilegiado el nombramiento de obispos marcados por un férreo alineamiento con Roma y con poca personalidad para ser fieles a su propio pueblo. Sumado al hecho de que la progresiva centralización romana ejerció un muy pesado control sobre ellos, en particular en esos temas llamados “no negociables”. Los nombramientos ya realizados y los que vendrán son y serán un muy importante elemento de juicio del ministerio de Francisco. Particularmente en América Latina y el Caribe, en donde Bergoglio conoce más a los obispos actuales. Y no solo estar atentos, sino también ver cómo podemos profundizar los vínculos con nuestros respectivos obispos. Sa-

bemos que en mayoría, los obispos se “contagian” o tratan de “alinearse” con el papa. Será necesario aprovechar toda apertura para buscar ahondar caminos de entendimiento, reconocimiento y trabajo conjunto.

Algo muy similar puede decirse del clero, sobre todo buena parte del joven. Aquí hay un trabajo clave a hacer en la transformación de mentalidades clericalistas y autorreferenciales, a una actitud de apertura, sensibilidad, trabajo en equipo y compromiso.

4. Podemos preguntarnos, en este mismo sentido, acerca de la influencia que significará para nuestras Iglesias el hecho de que el sucesor de Pedro sea latinoamericano. A primera vista tiendo a pensar que mucha, por su conocimiento directo, su sensibilidad, su trato, su estilo, que llama tanto la atención a los europeos por ejemplo. Para mí es significativo que unas de las críticas en ambientes curiales hable de “folklore latinoamericano”. Una señal importante me parece su “fanatismo” por Aparecida, cuyos documentos regala a los líderes latinoamericanos (ahora mismo no sabría determinarlo, pero creo que las censuras y cambios a la redacción original no fueron obra suya. Y en la primera versión, por ejemplo, se daba fundamental importancia a las Cebis).

Por otra parte surge también la pregunta sobre si la influencia de la Iglesia de estas tierras tendrá un peso nuevo y mayor en la Iglesia universal. Creo que hay señales de ello, pero todavía es pronto para evaluarlo claramente. Hemos conocido una especie de reverencia acrítica y medio romántica por la Iglesia latinoamericana en las décadas del 70 e inicios de la del 80. Pero luego, apenas se dio la ocasión, fuimos casi borrados de los primeros planos de la consideración eclesial (estoy hablando de los niveles de mayor visibilidad). Ahora muchos miran otra vez hacia nosotros. Es la hora de un renovado testimonio, incluyendo nuestras limitaciones y eventuales errores, con mucha humildad y muy abiertos a lo que podemos y debemos aprender de las Iglesias de otras áreas culturales. Estoy pensando sobre todo en el Asia y el África, en donde las Iglesias cristianas afrontan algunos de sus mayores desafíos y por el momento no sabemos mucho cómo están recibiendo este inicio del ministerio de Francisco.

5. Dom Valentini dice en la misma entrevista citada: “Está alumbrando una esperanza muy concreta de superar los desentendimientos que hubo, sobre todo con la expresión de una teología que no coincide con la europea (Teología de la Liberación). En ese sentido se percibe que hay una voluntad de reconciliación [...] Hacia adelante se entrevisté una actitud de mucho mayor aproximación y superación de las incomprensiones dentro de la Iglesia”. Si esto es así, y pienso

que podemos compartirlo, es también la hora de hacer uso de una pedagogía muy delicada en nuestra participación eclesial. Hay un sector que ya estamos viendo que se va a oponer duramente al tipo de Iglesia que está mostrando Francisco, abiertamente o, bajo manto de obsecuencia, de todas las formas que pueda. Pero está toda esa gran masa de católicos “papistas” por tradición, pero que además se sienten identificados con alguien más parecido y cercano a ellos. Pueden ser uno de los grandes desafíos para que partiendo de esa adhesión sencilla y de corazón lleguen a volverse y sentirse parte activa, protagonistas, de sus comunidades locales.

6. La cuestión del laicado es especialmente estratégica. En los últimos tiempos su autonomía en la construcción de la ciudad humana, había quedado como cortocircuitada, en varios aspectos claves, por “decálogos” de actuación centralizados. Me refiero en concreto a las consignas dadas unívocamente desde Roma ante las reformas, compartibles o no, en el terreno de la bioética, la legislación familiar, etc. Hemos conocido amenazas de excomunión, palabras duras y juicios que no tenían en cuenta las realidades particulares, sino que se remitían a los principios invocados como “no negociables”. Aunque no creo que se pueda decir nada muy claro, pienso que el regreso a la perspectiva de los signos de los tiempos, y al menos algún tipo de relativización del recurso exclusivo a la ley natural, pueden abrir de nuevo esos espacios de autonomía y responsabilidad, que por cierto hay que vivir en la comunión pero no en la uniformidad. El comentario de Melloni sobre Lampedusa, así como las observaciones de otros analistas acerca de una manera diferente de tratar los temas del aborto, el matrimonio homosexual, etc., podrían estar indicando que habrá más confianza en que las Iglesias locales, laicos incluidos, sean las que enfrenten estas cuestiones con mayor atención a la realidad concreta. La constante exhortación a salir del encierro y a no temer los accidentes por estar en la calle, parecen también indicaciones alentadoras.

7. Por último, creo que la piedra de toque es cómo seguir retomando en el hoy de nuestros pueblos y comunidades el gran legado del Vaticano II y sus formas de recepción en América Latina y el Caribe. Las discusiones, en parte de escuela, pero aprovechadas para los que deseaban dejarlo atrás, sobre las hermenéuticas de recepción, no parece que vayan a continuar en ese mismo registro. Pero seguirá sí la pelea por su recepción creativa en el presente que vivimos. Gracias a Dios, entre las novedades que ofrece Francisco está la de una mirada habitada por el amor de Dios y su misericordia sobre el mundo de hoy. No crispada, no angustiada, no descalificadora, aunque sí crítica. Pienso que estamos en los comienzos de una coyuntura eclesial que permitirá emprender muchas cosas

con más oxígeno. Y por lo mismo se nos planteará la siempre renovada cuestión de poder discernir los ritmos y acentos adecuados que logren involucrar a la mayor cantidad de hermanas y hermanos en la fe.

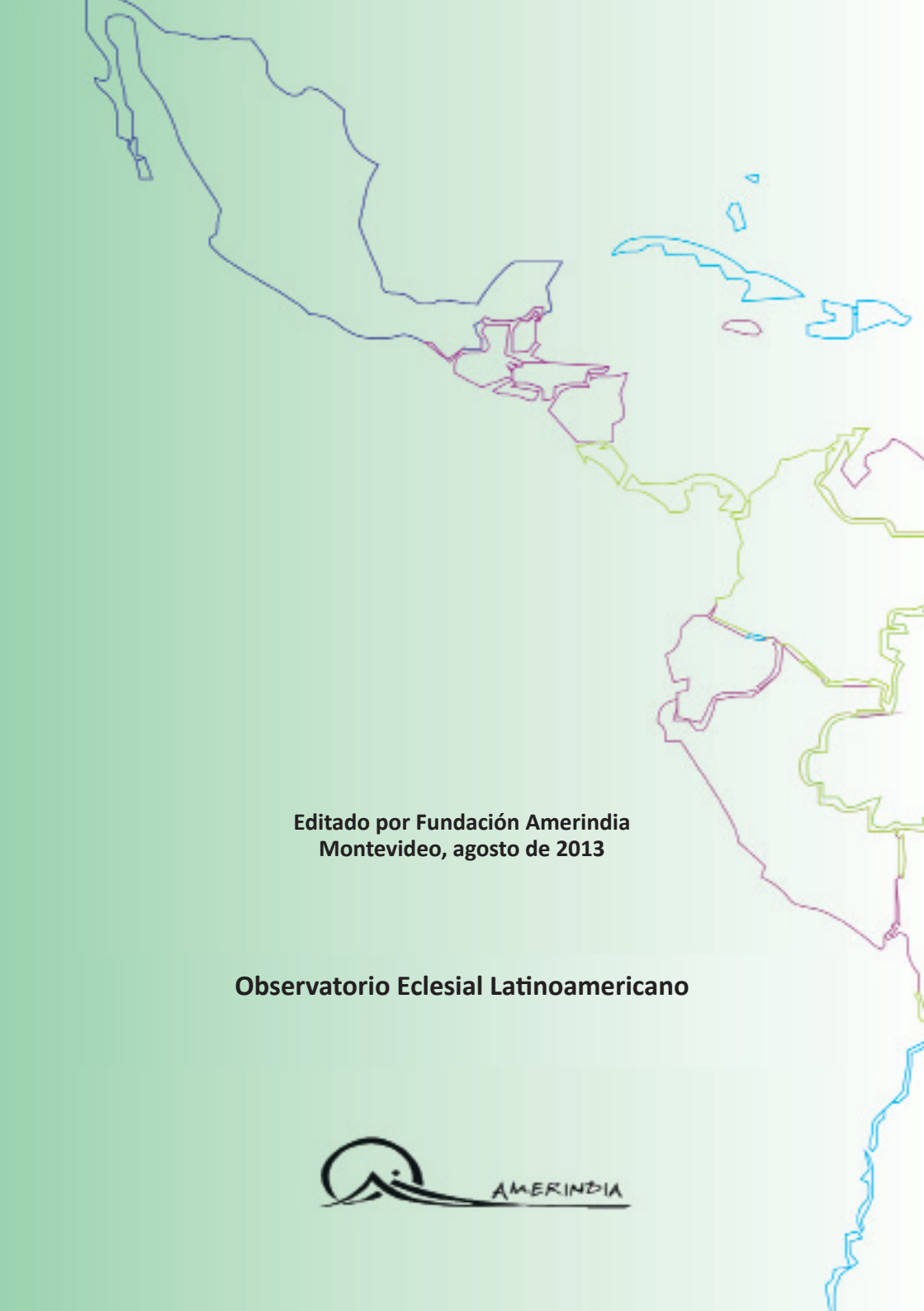
PABLO DABEZIES, PBRO.

4 de agosto de 2013

NOTA FINAL

Amerindia presta este servicio gracias al valioso aporte de los autores que son también quienes se hacen responsables de su contenido.



A stylized map of Latin America is shown in the background, with the borders of the countries outlined in various colors including blue, purple, yellow, and green. The map is set against a light green gradient background.

**Editado por Fundación Amerindia
Montevideo, agosto de 2013**

Observatorio Eclesial Latinoamericano

